

## Platón, Aristóteles y la narrativa histórica

Javier Picón Casas

Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid (España)

---

### Resumen

Una de las cuestiones más llamativas de las obras de Platón y Aristóteles estriba en su silencio acerca de la historia. Leyeron y criticaron a físicos, filósofos, matemáticos, biólogos, poetas, retóricos, políticos, etc. Sin embargo, sus citas a propósito de los historiadores de su momento cabrían en una cuartilla. En este breve artículo tratamos de ofrecer una explicación a propósito de tal omisión. Así mismo, aprovechamos para ofrecer una razón del *Menéxeno* y aportar una confirmación de las razones que condujeron a L. Edelstein a cuestionar la autenticidad de las cartas séptima y octava atribuidas a Platón.

**Palabras clave:** Aristóteles; Platón; Tucídides; Menexeno; Historia; Biografía.

### Abstract

One of the most showy questions about the works of Plato and Aristotle rests on them silence brings over of the history. They read and criticized physicists, philosophers, mathematicians, biologists, poets, rhetorical, political, etc. Nevertheless, their appointments about the historians of that moment would fit in a sheet of paper. In this brief article we try to offer an explanation about such an omission. Likewise, we are useful to offer a reason of the *Menexenus* and to contribute a confirmation of the reasons that L. Edelstein led to questioning the genuineness of seventh and eighth letters attributed to Plato.

**Keywords:** Aristotle; Plato; Thucydides; Menexenus; History; Biography.

---

### I. Consideración tardo-arcaica del discurso histórico

1. Durante el s. V a.C. el género literario más extendido no fue el narrativo. La prosa había comenzado a ganar algún terreno a la poesía, probablemente, gracias al prestigio de la tradición médica hipocrática. No obstante, el verso continuaba dominando casi en todos los ámbitos: litúrgico, dramático, cómico e, incluso, científico; baste citar el *Poema* de Parménides o las *Purificaciones* de Empédocles.<sup>1</sup> Casi un siglo más tarde todavía Aristóteles consideró que los géneros literarios se encontraban siempre sometidos a una métrica. De ahí que su tratado de teoría literaria fuera titulado bajo el helenismo como *Poética*. Por otro lado, los *tipos humanos* siguieron siendo representados mediante personajes mitológicos que padecían o cometían actos terribles.<sup>2</sup> Probablemente, los comediógrafos fueron los primeros que se atrevieron a plasmar las flaquezas de la vida cotidiana; quizás, su objeto consistió en hacer olvidar las penurias de la guerra del Peloponeso. Aristófanes, por ejemplo, buscó provocar la hilaridad de sus coetáneos exagerando rasgos de ciudadanos reales, popularmente notorios; sin embargo, una vez finalizada la contienda su estilo quedó *demodé*.<sup>3</sup> ¿Quién habría podido reír con el Sócrates de *Las nubes* después de que éste bebiera cicuta? Ahora bien, aunque sus sarcasmos y descalificaciones quedaron en evidencia, las características del temperamento humano que había exagerado terminaron siendo transformadas en *tipos*; éstos se encuentran presentes, por ejemplo, en los *Caracteres* de Teofrasto o los *roles* del teatro de Menandro. En suma, si investigásemos la literatura de la época, llegaríamos a la conclusión de que la única tentativa de hablar sobre los eventos reales singulares fue la narrativa histórica. Incluso el género epistolar era un rasgo *sui generis* de las interpolaciones propias del discurso histórico.<sup>4</sup>

Hay indicios de que el género perduró, quizás, gracias a haberse ajustado a ciertas pautas. Un buen ejemplo de las mismas, se halla en Luciano, pionero de la narrativa, quien mostró animadversión por las tramas históricas construidas al modo de las epepeyas, los elogios, la ficción agradable o a la

manera de los actuales *reality shows*.<sup>5</sup> Ahora bien, ¿tales convenciones habían sido asumidas un par de siglos antes, como parece sugerir Luciano? ¿Cuál fue la percepción de la narrativa histórica durante el Clasicismo? Y, sobre todo, ¿qué concepto tuvieron los filósofos de Heródoto, Jenofonte y Tucídides? ¿Fue su actividad estimada o despreciada?

2. Tucídides sigue siendo considerado en nuestros días como el *padre de la Historia*. Tal título podría aclarar el alcance del género de la literatura al cual se consagrara. Su honradez parece a salvo de toda duda, pues, por un lado, reconoció tanto sus limitaciones para relatar los *discursos* pronunciados como la necesidad de apelar a otros comunicantes y fuentes.<sup>6</sup> Por otro, admitió discrepancias<sup>7</sup> a propósito de los *hechos* acontecidos en la guerra del Peloponeso, remitiéndose a lo vivido o investigando, con la mayor exactitud posible la información procedente de otros.<sup>8</sup> Ahora bien, ¿por qué sus recuerdos habrían persistido menos sesgados que los de sus semejantes? Además, permaneció condenado al ostracismo durante dos décadas,<sup>9</sup> apartado de la mayoría de los hechos narrados sobre Atenas. ¿Por qué su autoridad debería haber sido *mayor*? No obstante, consiguió que se haya creído, durante dos milenios y medio, en la objetividad de su relato. Ciertamente, no difamó a terceros, ni publicó escándalos o intimidades.<sup>10</sup> Subrayó la objetividad de su discurso de manera diversa. En primer lugar, declarando que eliminaba el esteticismo propio de lo mítico en aras del reflejo exacto del pasado.<sup>11</sup> En segundo, convirtiendo en una ventaja su ostracismo; alegó, gracias a éste, haber conseguido conocer así los acontecimientos desde la perspectiva de ambas potencias en liza.<sup>12</sup> En tercer lugar, salvando de la quema a Pericles, única figura descrita con simpatía.<sup>13</sup> El último discurso del estadista constituía su elogio. El narrador tucidídeo presentó a sus expensas un compendio de cualidades laudables, casi divinas: *buen juicio, elocuencia, moderación,*<sup>14</sup> *clarividencia,*<sup>15</sup> *patriotismo e incorruptibilidad.*<sup>16</sup> Ya que el estratega fue el verdadero origen de los males personales que aquejaron al historiador, al no haberlo convertido en un enemigo, ni exhibir una sola nota de rencor en su descripción, evitó cualquier apariencia de subjetividad.<sup>17</sup> Finalmente, aludiendo a sucesos obvios de la guerra del Peloponeso. Aquél citó una pléyade de eventos de dominio público con objeto de recabar *credibilidad* para la serie de discursos de los que, como mucho, tuvo conocimiento de oídas.

Pero hay en su obra indicios que dan que pensar; por un lado, cuando el narrador tucidídeo comienza criticando a Homero por haber magnificado hechos de poca monta para terminar considerando que padeció una falta intrínseca de objetividad.<sup>18</sup> Si en una polémica uno pretende atacar al alguien, deberá, sobre todo, evitar incurrir en las faltas que le reprocha; y la *Historia de la guerra del Peloponeso* era reo de las mismas recriminaciones que en su primer libro se vertieron en contra de la *Iliada*. Además, por otro, se encuentra esa pretensión extraña según la cual su obra sería útil para siempre, bastando con que los hechos futuros fueran iguales o semejantes a los que él narrara.<sup>19</sup> Aquí se abrogó de una de las propiedades características del discurso médico y científico para un género con el que guardaba sólo un lejano parentesco: emplear como medio la prosa. Cuando Aristóteles subrayó que *toda ciencia era de lo universal*<sup>20</sup> y *necesario,*<sup>21</sup> dejó fuera de lo científico a los mitos, la hechicería, las reglas prácticas, etc. Pero también la literatura y la historia quedaron apartadas, pues lo acontecido es *singular, contingente*: tanto la ficción como el curso del mundo pudiera no haber ocurrido del modo que sucedió; además, tal discurso dependerá siempre de la *opinión* y, por lo tanto, diferirá esencialmente de la ciencia.<sup>22</sup>

3. Varios indicios apuntan a que los filósofos sistemáticos percibieron que la falsedad era inherente a ese género. Por ejemplo, Platón jamás citó a algún historiador ni una sola vez. En vano el lector de los diálogos buscará en sus líneas los nombres de Heródoto o Jenofonte. Esta última omisión resulta notable pues los diálogos inmortalizaron a no pocos personajillos y, sin embargo, se olvidaron de uno de los más afamados exponentes del círculo de Sócrates.<sup>23</sup> Ciertamente, mentó en un par de oportunidades el nombre de Tucídides,<sup>24</sup> pero fue para referirse al abuelo del historiador.

Respecto de Aristóteles ocurre algo similar. En primer lugar, no creyó que sobre *lo histórico* cupiera un conocimiento verdadero. Baste con atender al objeto de sus tratados: por un lado, las ciencias naturales ocuparon la tercera parte de su producción; por otro, los objetivos de la lógica, retórica y poética también fueron estudiados (el silogismo apodíctico en el *Órganon*, el dialéctico en la *Retórica*

y la métrica en la *Poética*). Finalmente, lo ético-político fue también considerado, aunque más como técnica que como ciencia; varios tratados así lo atestiguan: la *Ética a Nicómaco*, la *Política*, la *Constitución de los atenienses*, etc. Ahí no hubo un lugar para la narración histórica. En segundo, tampoco fue proclive a citar a historiador alguno. Jamás se refirió a Jenofonte o Tucídides. Sin embargo, aunque cabría subrayar que Heródoto fue nombrado hasta en cinco ocasiones, lo trajo a colación sobre todo con la finalidad de refutar sus apreciaciones antropológicas y zoológicas. En primer lugar, indicó que el historiador mentía cuando dijo que el semen de los etíopes era negro.<sup>25</sup> En segundo, lo tildó de *fabulador* (μυθολόγος<sup>26</sup>) por haber creído, como los pescadores, que los peces conciben por tragarse su esperma.<sup>27</sup> En tercero, dentro de la *Ética a Eudemo*, hizo una indicación a propósito del pájaro reyezuelo<sup>28</sup> en relación con los servicios que reporta la amistad. Expuso cómo Heródoto creyó que el frailecillo quitaba las sanguijuelas de la garganta del saurio,<sup>29</sup> mientras que lo que la observación indicaba era que limpiaban su dentición.<sup>30</sup> En cuarto, su nombre fue traído a colación en la *Poética* con objeto de indicar cómo la historia y la poesía no se diferenciaban en la forma de expresión, pues sería posible versificar las obras de Heródoto y no dejarían de ser menos historia por no aparecer en prosa.<sup>31</sup> Finalmente, una única vez el parecer del natural de Halicarnaso se empleó con ánimo de que sirviera como ejemplo para la *Retórica* – a propósito de las propiedades de la narración judicial; en ese fragmento, en concreto, aludió a la respuesta dada por los soldados fronterizos de Psiamético.<sup>32</sup>

4. En síntesis, por un lado, los diálogos platónicos no prestaron importancia a los historiadores. Por otro, tampoco hay sugerencia alguna en los tratados aristotélicos de que esa clase de *narrativa* hubiera sido tenida por un género literario. Es decir, la historia ni fue incluida dentro de lo *científico*, ni en lo *artístico*; de hecho, si la enumeración de especies citadas en la *Poética* implicaba la necesidad de obedecer a una métrica,<sup>33</sup> las especies de la *Retórica* dependían, sin excepción, de la declamación pública.<sup>34</sup> En tercer lugar, cabría conjeturar que tal situación se transformó después, cuando murieron quienes conocieron tanto a los historiadores, como a los hechos sobre los que aquéllos escribieron. Da la impresión de que sus fabulaciones, probablemente, cobraron crédito cuando la distancia cronológica comenzó a ser desmesurada y no había ya modo de contrastar. Quizás por eso Luciano pudo considerar a Tucídides como el modelo<sup>35</sup> y dio fe de cómo en su tiempo se emuló su estilo y consignas, aunque con algunas reservas.<sup>36</sup> Para entonces, su lenguaje, plagado de genitivos absolutos, debió aparecer ante los intelectuales como un signo distintivo de su capacidad de expresión.<sup>37</sup> Pero esto no nos aclara demasiado en qué estima tuvieron Platón y Aristóteles a la historia. Si tomaron a Tucídides por un charlatán, no pudo ser por la forma de su lenguaje. Ahora bien, si lo narrado se hubiera ajustado poco o nada a los acontecimientos conocidos entonces de la guerra del Peloponeso, cabría explicar tal silencio atronador.<sup>38</sup> Básicamente, la historia sólo consiste en un cierto tipo de literatura. Los historiadores se encuentran muy alejados de los lugares en donde se toman las decisiones y construyen tramas verosímiles. Por lo tanto, la narrativa historiográfica se verá sometida a la misma norma que el resto de la literatura artística: *preferir lo imposible verosímil a lo posible increíble*.<sup>39</sup> Pero la actividad del historiador tiene menos que ver con las ciencias que con la imaginación. Por eso, muchos siglos después, en un tratado acerca de la filosofía natural, Séneca sacó a relucir, a modo de latiguillo, un *a priori* compartido por los filósofos clásicos. Tras subrayar, de pasada, que no era menester esforzarse demasiado para refutar las opiniones de un tal Éforo, añadió, sin más: *historicus est*.<sup>40</sup>

Ahora bien, ¿hay alguna obra de Platón y Aristóteles en donde se llegara a criticar directamente a la narrativa histórica? En efecto, hay dos candidatos óptimos: el *Menéxeno* y la *Historia natural*.

## II. Revisión del *Menéxeno*.

El narrador platónico no se conformó en el *Menéxeno* con su ironía habitual; derrochó sarcasmo. Quizás por ello, habría sido un texto destinado a ser tildado de *misterioso*<sup>41</sup> y falso; por fortuna, Aristóteles lo citó explícitamente en dos oportunidades dentro de la *Retórica*,<sup>42</sup> despejando cualquier duda a propósito de su autoría. Con todo, debido a su humor ácido los análisis de esta pieza tienden a

ser epigramaticales y, en general, se encuentran polarizados en una dualidad extrema, pues, unos, creen que fue planteado en serio y, otros, que se trata de una parodia e, incluso, de una imitación de las piezas de Aristófanes.<sup>43</sup> Ambas opiniones son compatibles, pero nos parece que en modo alguno deberíamos tomar a este diálogo por una pieza superficial.

El *quid* de trama radica sobre un discurso pergeñado para competir en el encomio a los caídos tras la guerra de Corinto. Dicha declamación habría obedecido a la conmemoración de la paz de las Antálcidas del 387 a.C.<sup>44</sup> Este propósito previene al lector contra la cronología histórica, pues tal diálogo debería haber sido imposible. En efecto, por un lado, Sócrates había sido ya ejecutado hacía más de una década en el 399 a.C. Por otro, la autora del discurso, Aspasia, tuvo un hijo con Pericles antes del 440 a.C.,<sup>45</sup> así probablemente, tampoco viviera. Además, el interlocutor de Sócrates difícilmente habría podido ser Menéxeno, el primo de Lisis.<sup>46</sup> Hay que contemplar la posibilidad de que se tratase del propio hijo del filósofo, quien fuera un niño cuando a su padre lo condenaron a beber cicuta.<sup>47</sup> ¿Qué se pretendió sugerir? ¿Que tales dificultades no habrían constituido impedimentos para los historiadores? ¿Que de estos cabía esperar que resucitaran a cualquiera, según la medida de sus necesidades? Sin embargo, aunque suela ser habitual citar al *Menéxeno* como ejemplo de crítica a la *retórica* (sobre todo mediante la referencia al *Gorgias*<sup>48</sup> y *Menon*)<sup>49</sup> e, incluso, a la *política* (gracias al *Critias* y, sobre todo al ideal panhelénico isocrático),<sup>50</sup> se omite casi siempre, toda alusión sobre su censura a la *historia*; probablemente, ello se deba a la autoridad que entre los filólogos ha venido poseyendo Tucídides; recordemos lo emulado que fue su estilo ya por los historiadores latinos.<sup>51</sup>

El desarrollo expositivo de la *Historia de la guerra del Peloponeso* depende de una trama de discursos, siendo los más conocidos e importantes los atribuidos a Pericles.<sup>52</sup> Tal proceder debió tener poco sentido para Platón, pues la retórica le pareció, en sí, una *apariencia de verdad* cuyo objetivo consistía en la *persuasión*.<sup>53</sup> El poder que la persuasión ejerce sobre cada persona resulta idéntico con independencia de que obedezca a una *creencia sin saber* o proceda de la certeza debida al razonamiento científico.<sup>54</sup> Lo paradójico de la comunicación humana estriba en que a quien razone verdaderamente, no será necesario convencerle de lo que sabe; pero quien se fie de sus creencias, tampoco podrá ser convencido de que no sabe. De ahí que el *Menéxeno* mostrara las posibilidades de distorsionar cualquier evento pasado y presente.<sup>55</sup>

El narrador platónico comenzó indicando que la retórica no constituía propiamente un *arte*, sino una *práctica empírica* capaz de producir agrado y placer<sup>56</sup> en los hombres. Tal pericia podría tener sentido estando subordinada a la sabiduría,<sup>57</sup> es decir, cuando dependiera de la lógica y las ciencias. Sin embargo, al no ser su objetivo *lo verdadero*, sino *el deleite*, sería expresión, casi siempre, de aquello que en cada momento pudiera complacer. Y la historia, subordinada a la exposición de los discursos retóricos, tampoco cabría que fuera reflexiva; tan sólo podría difundir clichés.

Que alguien defienda e, incluso, mate o muera por una causa no implica la verdad de ésta. Esto fue lo primero que puso de manifiesto el diálogo. Primero, aparece Sócrates confiando a Menéxeno cómo, en muchas ocasiones, le parecía hermoso morir en la guerra, pues, por un lado, aunque uno fuera pobre, obtendría una sepultura bella y magnífica. Así, se llevó al extremo la afirmación célebre de Pericles, según la cual una ciudad en la que prosperasen sus ciudadanos, pero se fuera arruinando como Estado sería peor que lo contrario, pues los desafortunados en una ciudad próspera podrían salvarse más fácilmente.<sup>58</sup> Sócrates parodió la posibilidad de que la nación tuviera prosperidad si la mayoría de sus ciudadanos vivían paupérrimamente. El bien del Estado se transformaba en una caricatura cuando sólo podía ofrecer una digna sepultura a sus habitantes. En segundo lugar, añadió otro “bien”: que, además, así el difunto recibiría elogios (aunque hubiera sido mediocre) por parte de hombres eruditos *que no reparten sus alabanzas a la ligera, sino que han preparado durante mucho tiempo sus discursos*.<sup>59</sup> Sin embargo, el *quid* del diálogo ejemplifica cómo no había tal preparación – pues los discursos se componían a partir de retazos de otros previos,<sup>60</sup> mediante fragmentación, inserción y yuxtaposición de clichés, a un público entregado. Tal estrategia dependía de un hecho trivial: que cuando se compete ante quienes se elogia no cuesta mucho parecer que se habla bien.<sup>61</sup> En tercero, Sócrates subrayó el componente irracional de la retórica, la cual sugestionaba al oyente haciéndole creer que participaba

de cualidades que en absoluto poseía. Pero tal ilusión, aun colectiva, resultaba falaz. Mediante matices lingüísticos (las palabras encantadoras, el ensalzamiento de la comunidad presente, pasada y de cuantos perecieron, etc.<sup>62</sup>) el auditorio caía en una suerte de trance, imaginándose cada cual más fuerte, noble y bello.<sup>63</sup> La sensación de respetabilidad generada podía, incluso, durar varios días,<sup>64</sup> a partir de los cuales, al fin, el simulacro de estar habitando en la Isla de los Bienaventurados<sup>65</sup> se desvanecía.

Finalmente, el narrador platónico presentó a Aspasia<sup>66</sup> como la experta retórica que formó a muchos oradores entre quienes descollaba Pericles,<sup>67</sup> reconocido como el mejor de aquéllos.<sup>68</sup> La imagen del discurso de una meretriz foránea como cúspide de la oratoria ateniense del siglo V a.C., autora de muchos y hermosos discursos,<sup>69</sup> habla por sí misma. Las reglas prácticas de la declamación quedaron asimiladas al ajuar de las artimañas de las ramerías. Pero el narrador platónico, incluso, añadió que aquélla compuso la *oración fúnebre*,<sup>70</sup> el discurso más celebrísimo de Pericles, transmitido por Tucídides,<sup>71</sup> y, durante el resto del diálogo, reveló la estrategia *standard* para “improvisar” tales discursos (yuxtaponiendo rudimentos de otros que encajasen según la oportunidad).<sup>72</sup> Sócrates lo ilustró poniendo en boca de la hetaira un ejemplo práctico donde compiló formas retóricas, cuya disposición apareció en el *Fedro*.<sup>73</sup> Contiene tópicos habituales, por un lado, de los retóricos Demóstenes, Hipérides, Isócrates y Lisias; por otro, de los presentes en las historias de Heródoto, Jenofonte y, sobre todo, Tucídides. De manera que el elogio a los fallecidos por los que se decía tener respeto se convirtió en una parodia, pues, incluso los muertos, no se escapaban de ser objeto de una farsa.

Mediante el personaje de Sócrates, el narrador platónico se las compuso para abochornar cualquier discurso histórico. En primer lugar, si el narrador tucidídeo empleó la *retórica* de las declamaciones para inculcar su axiología patriótica, el platónico esgrimió la *dialéctica* del diálogo; cuando el oyente tenía la posibilidad de responder, la grandilocuencia de la oratoria se desvanecía y tanto la narrativa histórica como su objeto revelaban ser mentira.<sup>74</sup> En segundo, mientras el modelo de líder tucidídeo fue Pericles (es decir, un estratega ambicioso y opulento, muerto por enfermedad, que juzgaba a Atenas en términos de nobleza, grandeza, riqueza, esplendor y *amor por la ciudad*<sup>75</sup>) el paradigma del sabio platónico era Sócrates (o sea, un peón hoplita y mártir, quien valoró a los atenienses por su parentesco, amistad o *afinidad natural*<sup>76</sup>). En tercer lugar, el escenario tucidídeo fue monumental. La guerra entre atenienses y peloponesios se describió como más memorable e importante que las precedentes – ya que causó mayor conmoción, alcanzando, incluso, a toda la humanidad,<sup>77</sup> etc. En su deseo obsesivo por proclamar la inmensidad de su objeto, el narrador tucidídeo redujo la contienda de Troya a una colección de hechos de poca monta, despreciando la autoridad de Homero<sup>78</sup> y criticando la mitología. En cambio, los escenarios platónicos habituales escaparon de tal magnificencia; su curso se hallaba en lo doméstico. Ninguno de ellos resultó apto para los aquejados de megalomanía; salvando el caso del *Fedro*, en donde un par de amigos improvisaron un debate sobre la pasión amorosa durante el transcurso de un paseo, el ámbito de las intervenciones socráticas que se produjeron siempre en interiores, *entre cocinas*. Y, además, el medio predilecto de expresión elegido lo constituyeron los mitos, incluyendo entre ellos a los homéricos.<sup>79</sup> En cuarto, la *Historia* reflejó las empresas colectivas debidas al mando ateniense, mientras que las únicas acciones por las que mostró interés el narrador platónico tuvieron como epicentro la virtud individual.<sup>80</sup> En quinto lugar, las proposiciones tucidídeas fueron barrocas, de difícil comprensión; todavía hoy, propenden a generar mistificación en el lector y cierto aura de arrogancia que se presenta tras conseguir resolver su complejidad lingüística. Sin embargo, las proposiciones platónicas, presentaron un menor grado de sofisticación, pues fueron construidas como si hubieran sido pronunciadas en el curso de una charla informal. En sexto, el vocabulario tucidídeo se encuentra dominado por los conceptos del *hacer* (δράω), la *fuerza* (ισχύς), el *esplendor* (λάμπω), la *potencia* (δύναμις), lo *inolvidable* (ἀειμνηστος) y la *audacia* (τόλμα).<sup>81</sup> Sin embargo, el glosario platónico se articuló mediante las nociones de la *virtud* (ἀρετή), la *justicia* (δικαιοσύνη), la *libertad* (ἐλευθερία), la *verdad* (ἀλήθεια), el *bien* (ἀγαθός) y la *sabiduría* (φρόνησις).<sup>82</sup> En séptimo, las declamaciones de Pericles poseyeron un tono de gravedad altisonante y severidad análogas a las de la escenografía trágica;<sup>83</sup> sin embargo, el diálogo con

Sócrates siempre mantuvo su tono irónico, burlón, desenfadado, ambiguo, propio del ambiente que encontramos cuando jugamos. Recuérdese que en los diálogos casi nunca se llega a una conclusión; el narrador platónico jamás habla en primera persona; los distintos diálogos mantienen pocas ideas compatibles entre sí y no suelen ser las mismas en su conjunto; los pasajes más coherentes dependen de mitos, metáforas y divagaciones; ni siquiera resulta claro saber cuándo el narrador platónico habla en broma, etc.<sup>84</sup>

### III. El concepto aristotélico de *Historia*.

Si el *Menéxeno* puso de manifiesto las flaquezas de la narrativa tucidídea, ¿habría alguna obra aristotélica similar? Como veremos, Aristóteles y Tucídides fueron autores que tuvieron conceptos bien diferentes de a qué deberíamos llamar *ιστορία*.<sup>85</sup>

La metafísica de Aristóteles podría ser, en principio, comprendida por cualquiera, sin preparación. Casi basta con atender a un par de nociones; por un lado, la de *sustancia primera*, la cual alude a los individuos o *cosas* materiales que se encuentran a nuestro alrededor. Tal sustancia fue denominada por S. Alberto Magno como lo *in re*. No podemos definir *qué son* las sustancias primeras, pues lo propio de las cosas no consiste en pertenecer al mundo del lenguaje; simplemente, *existen*. De ahí que las describamos mediante *lo que no son*: aquello que ni *se dice* de los individuos, ni tampoco *está* en ellos.<sup>86</sup> Es decir, no son *palabras*, pero tampoco *cualidades* o *aspectos*. Por otro, se encuentra la noción de *sustancia segunda*; en términos de S. Alberto recibió la denominación de lo *post rem*. Se trata de los *términos lingüísticos* entendidos bien como *géneros* y *especies*<sup>87</sup> o, en general, como *conceptos* que sirven para designar. Los sustantivos simbolizan, por convención,<sup>88</sup> cualidades o aspectos comunes de varios individuos. Los más universales se denominan *géneros* (*γενός*) y los menos, *especies* (*εἶδος*).<sup>89</sup> Aunque los términos de diferentes idiomas sean distintos, poseen una estructura proposicional común, pues lo percibido por hablantes distintos es, sin embargo, común.<sup>90</sup>

Paradójicamente, si bien lo único que existe son los individuos (*sustancias primeras*), sólo podemos referirnos a ellos a través del lenguaje (*sustancias segundas*). Cada cosa, en sí, será irreductible a cualquier otra, aunque sea clasificada dentro del mismo género; por lo tanto, el lenguaje siempre permanecerá en un nivel general para dar cuenta de lo singular, ya que los términos sólo pueden designar rasgos comunes.

No hay nada más en el mundo. Todo lo que hay puede tratarse de una *sustancia primera* o *segunda*; es decir, o se trata de una cosa o bien de palabras e ideas. Ahora bien, Aristóteles, en algún momento de su evolución intelectual, se aperció de que la innovación terminológica era inevitable en el desarrollo de las ciencias. Unas veces entre el *género* y la *especie* la observación empírica obligaba a introducir una clase: el *subgénero*. Otras, lo tomado por un *género* no era la categoría más universal, sino que se encontraba subordinada.<sup>91</sup>

A pesar de que cada individuo sea diferente del resto, los seres humanos conocemos y hablamos sobre el mundo en función de ciertos rasgos esenciales o *formas*. De modo que, en cierto modo, siempre que nuestro lenguaje sea sintácticamente correcto,<sup>92</sup> nuestras proposiciones podrán ser verdaderas si se ajustan a lo observable.<sup>93</sup> Ahora bien, el lenguaje propende continuamente hacia lo universal.<sup>94</sup> Cada cualidad definida dentro de una ciencia, ya se trate de un género, subgénero o especie, es denominada genéricamente como *esencia* (*τό τι ἔν εἶναι*).<sup>95</sup> Por eso, aun cuando, en un principio, los tratados lógicos dependieran de la noción de *categoría* (*κατηγορία*),<sup>96</sup> tras avanzar en los estudios biológicos, Aristóteles advirtió que los términos lingüísticos no eran meros *atributos* proposicionales (sustantivo, adjetivo, verbo, adverbio, etc.), sino que se presentaban en cierto orden.<sup>97</sup> Como cada *esencia* quedaba estructurada según una disposición en tipos, lo distintivo pasó a ser su *pertenencia* (*ὑπάρχω*).<sup>98</sup> Cada una de las cualidades observables, características de una clase de objetos, recibió el nombre de *forma* (*μορφή*).<sup>99</sup> Ahora bien, cada forma se encuentra incluida en otras formas más generales e implica a otras más complejas y singulares.

¿Qué implicaba la *historia*? El sustantivo hacía alusión al verbo ἵστωρ; por lo tanto, atendiendo a su etimología, procedía del arcaico perfecto οἶδα;<sup>100</sup> y εἶδω,<sup>101</sup> se refirió al *entender*, no al mero *observar* o *reflejar* lo acontecido. En los tratados de Aristóteles, la terminología y estructura lógica del lenguaje aumentaba según el investigador contaba con más observaciones acerca de lo estudiado. Por un lado, ese glosario propio de cada especialidad componía el conocimiento *simpliciter*.<sup>102</sup> Por otro, tales conceptos se estructuraban dentro de un rígido esquema silogístico en donde no entraban en juego las singularidades, sino las *esencias*. Sin embargo, el objeto de la narrativa de Heródoto, Jenofonte y Tucídides no poseía la universalidad de éstas. ¿Cómo podríamos experimentar con la guerra del Peloponeso? Dado que sobre el objeto de la historia no cabe ninguna observación, entonces el vocabulario del historiador resultará tan personal y fijo como el del poeta.<sup>103</sup> En segundo lugar, la investigación y, en general, el conocimiento, dependerá de las *esencias*. De hecho, las ciencias, aunque sus objetos sean diferentes, participan de tal acercamiento del lenguaje (*sustancias segundas*) a lo singular (*sustancias primeras*). Pero como en la narración tucidídea, los protagonistas de la historia y sus actos, fueron únicos y singulares, eran irreductibles a *esencias*.<sup>104</sup> Así pues, no hay modo de conocer ni los actos de Pericles, ni su temperamento. En este sentido, Tucídides expresó su opinión sobre hechos que nunca jamás podrán ser contrastados. Y, en tercero, el objeto de las ciencias, como ya hemos indicado, deberá ser *universal y necesario*. En ningún caso habría ciencia sobre lo *singular*, ni sobre lo *accidental*, pues cabe que acontezca al azar y no se vea subordinado a ley alguna. De ahí que la historia resultara menos científica, incluso, que la poesía. Ésta habla sobre lo universal que pudiera acontecer; aquélla, acerca de lo sucedido, pero singular.<sup>105</sup> Ahí radica el problema. Sólo podemos poseer conocimiento de lo singular *percibiéndolo directamente*.<sup>106</sup> Por lo tanto, ¿qué ciencia cabría acerca de la *Historia de la guerra del Peloponeso*? En términos aristotélicos, ninguna. El sentido la narrativa histórica sería *erístico*, pues su significado tendrá que ver con lo acontecido y con las semejanzas a las que se refieren los términos lingüísticos. De ahí que Aristóteles tratara de alejarse de ese tipo de literatura, hasta el extremo de apenas citarla y reemplazar en sus tratados el término ἱστορία, por el de ἀναλύσις.

#### IV. El problema de las Epístolas.

Cabría argumentar que Platón y Aristóteles no fueron tan hostiles a la historia, pues emplearon uno de sus recursos: el género epistolar. Sin embargo, podríamos hablar de las epístolas atribuidas a Platón y Aristóteles en términos de oxímoron, pues si las del primero resultan ser *falsamente verdaderas*, la del segundo, a todas luces, es *verdaderamente falsa*. La *Carta a Alejandro* resulta incoherente con las ideas científicas del Estagirita, salvo con las expresadas en el del interpolado *De Mundo* (hoy en día atribuido a Posidonio). Aludida por al-Bitriq y puesta al día gracias al *Me'am Lo'ez*, apareció como apología del judaísmo. El panfleto fue citado a propósito del combate contra el *mutazilismo*, aquella variante islámica que rechazó la idea de que el Corán fuera un libro increado.<sup>107</sup> Por supuesto, el original griego nunca existió; el autor de la misma parece que ni siquiera se apercebía de que Aristóteles y Alejandro ni hablaban ni escribían en hebreo.

El caso de Platón ha resultado mucho menos diáfano. Cuesta imaginar que aquél se dedicara a anotar incidentes sobre su vida privada con el fin de exponerlos a la luz pública.<sup>108</sup> Ahora bien, la mayoría de las cartas son espurias y la *Carta VII* jamás ha sido autenticada. De hecho, ésta no *suena* a él ni por la forma, ni por el contenido.<sup>109</sup> En lo relativo a su morfosintaxis, baste comparar el griego de las *Leyes* con la de ese documento.<sup>110</sup> Habrá quien argumente que tales diferencias de estilo fueron obra de los copistas, que Platón era capaz de mantener un estilo doble, poético y científico, etc. Pero, en lo relativo al contenido, L. Edelstein aportó evidencias a propósito de la imposibilidad de que tal misiva, presuntamente la más auténtica, saliera de la pluma del Platón histórico: en primer lugar, los consejeros políticos aparecieron en una época ulterior a la muerte de aquél; en segundo, la caracterización de su juventud y la actitud hostil (e irresponsable) hacia la política citadas en la misiva resultan incoherentes en relación con lo expresado por la mayoría de sus diálogos; en tercero, la noción de *isonomía* y la independencia de las leyes tampoco constituyeron ideas consistentes con la *República* ni, incluso, con las presentes en las *Leyes*; en cuarto, su anonimidad fue presevada en todos los diálogos (subrayando, incluso, en el *Teéteto* y la *República*, que cualquier filósofo sería

considerado ridículo por la opinión pública). Finalmente, las *Leyes* muestran un evidente interés por la política de Dionisio y Siracusa.<sup>111</sup>

La creencia en la autoría platónica de las cartas séptima y octava se debe en la actualidad a la autoridad de W. K. C. Guthrie, quien citó a Edelstein, pero permaneció fiel a la narrativa de G. R. Morrow, F. le Monnier y P. Shorey. Baste recordar su insinuación de que hubo un *affaire* entre el joven Dión y Platón como origen de la conducta pública del filósofo (e, incluso, de toda su obra<sup>112</sup>). De ahí a adjudicar a Platón el método biográfico<sup>113</sup> (que, con todo rigor J. H. Coetzee ha venido atribuyendo a la literatura aretalógica y hagiográfica) ha mediado sólo un paso. A pesar de Guthrie, ni la novela, ni la literatura aretalógica y hagiográfica estuvieron de moda hasta medio milenio después de la muerte de Platón. De hecho, los primeros cuentos breves aparecieron en tiempos de Luciano de Samosata y las primeras novelas griegas y latinas, no antes del s. I d.C., según vienen constatando la mayoría de las fuentes y los especialistas.<sup>114</sup> Y, aunque Séneca o Marco Aurelio cultivaran el género, la obra que constituyó la apoteosis del mismo literario epistolar no apareció hasta el último año del siglo IV d.C.: las *Confesiones* de S. Agustín.

Además, si exceptuamos a Jenofonte, la historia tampoco tuvo como objeto a los sabios antiguos. Una breve ojeada a la producción plutarquista nos convencerá sin la menor dificultad de quiénes fueron los verdaderos protagonistas de la historia para los antiguos biógrafos: reyes y estrategos. Hasta la época de Diógenes Laercio y Filóstrato, es decir, no antes del s. III d.C., no hubo constancia alguna de la existencia de las cartas de Platón. Pero las *Vidas* fueron escritas casi ochocientos años después de la muerte del fundador de la Academia. Para entonces, el género biográfico y la avidez por el chismorreo, nacidos en tiempos de Dionisio de Halicarnaso, estaban ya tan de moda, que comenzaron a producir lo que se necesitaba para satisfacer las demandas del público.

## V. Conclusiones.

Probablemente, la historia no fue considerada como un saber durante el Clasicismo. Así lo confirman:

1. El silencio observado por Platón y Aristóteles a propósito de los historiadores. El primero no nombró a ninguno mientras que el segundo se hizo eco en muy pocas oportunidades del parecer de Heródoto, aunque sólo para desmentirlo.
2. El *Menéxeno*, diálogo cuyo estilo satirizó la narrativa histórica fundada sobre los discursos políticos.
3. El concepto de *historia* de Aristóteles fue reemplazado por la noción de *análisis*, cuyo objeto es el de la ciencia, es decir, lo universal y necesario. Por lo tanto, lo propio del discurso histórico, es decir, el curso de acontecimientos singulares y no necesarios, no habría sido considerado como propio de un saber.

A la objeción según la cual los dos filósofos sistemáticos debieron apreciar la historia en algún grado, pues emplearon uno de sus principales recursos (es decir, las epístolas), cabría oponer el hecho de la falta de autenticidad de las cartas. De hecho, tal y como expuso L. Edelstein, ni siquiera el candidato menos falaz, la *carta VII*, resulta compatible ni en forma, ni en contenido con el discurso del narrador platónico. Que la mayoría siga prefiriendo aceptar mejor un conocimiento ilusorio de la biografía de Platón que aceptar que nunca sabremos nada cierto sobre su biografía, es otra cuestión que sale fuera del objeto de este breve artículo.

## Notas

<sup>1</sup> Goldhill (2002: 3-4).

<sup>2</sup> Aristóteles, *Po.*, 13 1453 a 17 – 22.

<sup>3</sup> De hecho, tras *Las ranas* (405 a.C .) sólo han llegado hasta nosotros dos títulos suyos *Los assembleístas* (392 a.C.) y *Pluto* (388 a.C .)

<sup>4</sup> Tanto Heródoto como Tucídides emplearon en sus relatos el género epistolar, frecuentemente mediante la fórmula ὦ + δέλτωϋ ; consúltese Barrio Vega, M . L. (1991: 14).

<sup>5</sup> Luciano, *Hist. Cons.*, 4, 7, 9-10, 28.

<sup>6</sup> Tucídides, I, 22.1.

<sup>7</sup> Tucídides, I 22.3.

<sup>8</sup> Tucídides, I 22.2.

<sup>9</sup> Tucídides, V 26.5.

<sup>10</sup> Como ejemplo, véase Tucídides, III 82-84.

<sup>11</sup> Tucídides, I 22.4.

<sup>12</sup> Tucídides, V 26.5.

<sup>13</sup> Chambers (1957: 88).

<sup>14</sup> Tucídides, II 65.5.

<sup>15</sup> Tucídides, II 65.6-7.

<sup>16</sup> Tucídides, II 60.5-6.

<sup>17</sup> Compárese la idolatría de Tucídides (Tucídides, II 41.4, 43.1 y 64.3) con la caracterización que ofreció Platón de Cimón, Pericles y Temístocles como causas de la *enfermedad* de Atenas (Platón, *Grg.*, 518 e 01 – 519 a 07).

<sup>18</sup> Tucídides, I 9-11.

<sup>19</sup> Tucídides, I 22.4.

<sup>20</sup> Aristóteles, *APo.*, I, 31, 87 b 28 – 35.

<sup>21</sup> Aristóteles, *APo.*, I, 2, 71 b 09 – 12; 71 b 15 – 16; 4, 73 a 21; 6, 74 b 06; 33, 88 b 30 – 89 a 10; *Metaph.*, I, 1, 981 a 27 – 30.

<sup>22</sup> Aristóteles, *APo.*, I, 33, 88 b 30 – 31.

<sup>23</sup> A decir verdad, los compañeros de viaje que frecuentara Jenofonte no hubieran encajado nada en la vida cultural de Atenas; véase Jenofonte, *An.*, II, 6. Tampoco su ulterior acercamiento al no demasiado recomendable Agesilao II debió suscitar simpatías entre sus antiguos amigos.

<sup>24</sup> Platón, *La.*, 179 a 02-03; *Men.*, 94 c 01, d 04.

<sup>25</sup> Aristóteles, *GA*, II, 2, 736 a 10 – 11.

<sup>26</sup> Bonitz (1961: 475); Chantraine (1980: 718).

<sup>27</sup> Aristóteles, *GA*, III, 5, 756 b 03 – 08.

<sup>28</sup> Aristóteles, *EE*, V II, 2, 1236 b 06 – 10.

<sup>29</sup> Heródoto, II 68.5.

<sup>30</sup> Aristóteles, *HA*, IX, 6, 612 a 20 – 24.

<sup>31</sup> Aristóteles, *Po.*, 9, 1451 b 02 – 04.

<sup>32</sup> Aristóteles, *Rh.*, III, 16, 1417 a 07.

<sup>33</sup> Aristóteles, *Po.*, 1, 1447 a 08 – 13.

<sup>34</sup> Aristóteles, *Rh.*, I, 1, 1354 b 22 – 29.

<sup>35</sup> Luciano, *Hist. Cons.*, 15, 23, 26, 38, 42.

<sup>36</sup> Luciano, *Philops.*, 1; *VH.*, 4.

<sup>37</sup> Luciano, *Hist. Cons.*, 34.

<sup>38</sup> La teoría de la verdad como *adecuación de lo dicho con lo que acontece* fue aceptada por ambos; véase, Platón, *Cra.*, 385 b 07 – 08; *Sph.*, 262 e 05 – 06; Aristóteles, *Metaph.*, IV , 7, 1011 b 26 – 29, V , 29, 1024 b 24 – 26 y IX , 10, 1051, b 06 – 09.

<sup>39</sup> Aristóteles, *Po.*, 19, 1456 b 02 – 04

<sup>40</sup> Séneca, *QN* , III, 3.1; V II 16.1.

<sup>41</sup> Kahn (1963: 220).

<sup>42</sup> Aristóteles, *Rh.*, I, 9, 1367 b 07 – 09; III, 14, 1415 b 30 – 32.

<sup>43</sup> Salkveyer (1993: 133-134).

<sup>44</sup> Platón, *Mx.*, 245 d 06 – 246 a 01.

<sup>45</sup> Guthrie (2010: IV , 304).

<sup>46</sup> Platón, *Ly.*, 207 a 06 – d 04; *P hd.*, 59 b 09.

<sup>47</sup> Platón, *A p.*, 34 d 07; *Phd.*, 116 b 01. Véase Dean-Jones (1995: 53).

<sup>48</sup> Guthrie (2010: IV , 305).

<sup>49</sup> Kahn (1963: 222).

<sup>50</sup> A cerca del cambio tradicional de alianzas compárese Platón, *Mx.*, 245 b 02 – d 02 e Isócrates, IV 175-177.

<sup>51</sup> Las citas a propósito de Tucídides son continuas, pero en el estudio previo se insiste en que resulta difícil determinar el sentido del discurso recogido (Calonge Ruíz, 2006: 152). Kahn, aunque reconoce que Platón leyó a Tucídides (Kahn, 1963: 221-222), entendió que su discrepancia se refirió a la apreciación sobre Pericles y su política (Kahn, 1963: 223, 226-229).

<sup>52</sup> Salkveyer (1993: 135).

<sup>53</sup> Platón, *Phdr.*, 259 e 07 – 260 a 04.

<sup>54</sup> Platón, *Grg.*, 454 e 01 – 08.

<sup>55</sup> Como muestra, el discurso de Aspasia presentó tres notables distorsiones. En primer lugar, la descripción de la constitución ateniense como una aristocracia (Platón, *Mx.*, 238 c 07 – d 02); en segundo, la omisión de cualquier referencia al imperio del s. V a.C . y, en tercer lugar, su hostilidad en contra del imperio persa, potencia aliada durante la primera década del s. IV a.C . (245 c 06 – d 06).

<sup>56</sup> Platón, *Grg.*, 462 c 03, 07.

<sup>57</sup> Platón, *Phdr.*, 276 a 05 – 07.

<sup>58</sup> Tucídides, II 60.2-3.

<sup>59</sup> Platón, *Mx.*, 234 c 01 – 06.

<sup>60</sup> Platón, *Mx.*, 236 b 04 – 05.

<sup>61</sup> Platón, *Mx.*, 235 d 05 – 06

<sup>62</sup> Platón, *Mx.*, 234 c 06 – 235 b 02.

[63](#) Platón, *Mx.*, 235 a 06 – b 01.

[64](#) Platón, *Mx.*, 235 b 08 – c 01.

[65](#) Platón, *Mx.*, 235 c 04 – 05.

[66](#) Platón, *Mx.*, 235 e 08.

[67](#) Platón, *Mx.*, 235 e 03 – 07.

[68](#) Platón, *Phdr.*, 269 e 01 – 02.

[69](#) Platón, *Mx.*, 249 e 03 – 05.

[70](#) Platón, *Mx.*, 236 b 04 – 05; Tucídides, II 65.

[71](#) Tucídides, II 60-64.

[72](#) Platón, *Mx.*, 236 b 06.

[73](#) Platón, *Phdr.*, 266 d 05 – 267 d 04.

[74](#) Platón, *Mx.*, 247 e 01 – 02. Los padres de los fallecidos que cedieran a su dolor levantarían sospechas acerca de su paternidad (*lectura tucidídea*) o bien mostrarían que quienes los elogiaron, mintieron (*lectura platónica*). Pero ¿sobre qué? ¿Acerca de la causa que los condujo al matadero?

[75](#) Tucídides, II 43.1, 64.5.

[76](#) Platón, *Ly.*, 221 e 07 – 222 a 03.

[77](#) Tucídides, I 1.1-2.

[78](#) Tucídides, I 3.3, 9.1, 9.3, 10.3, 11.1-3, 21.2.

[79](#) Platón, *Criti.*, 108 e 01 - 121 c 05; *Grg.*, 523 a 01 – 527 a 04; *Lg.*, III 677 a 01– 682 e 06, IV 713 a 09 – 7 14 b 0 1; *P hd.*, 107 d 05 – 108 c 08, 110 b 05 – 114 c 08; *Phdr.*, 246 a 0 3 – 2 49 d 03, 2 59 b 0 5 – d 0 8, 274 c 0 5 – 275 b 02; *Plt.*, 268 e 07 – 274 e 04; *Prt.*, 320 c 08 – 322 d 05; *R .*, II, 359 d 02 – 360 b 02, III, 415 a 01 – 415 c 06, V II, 5 14 a 0 1 – 5 17 a 0 6, X , 614 b 02 – 621 b 0 7; *Smp.*, 1 89 d 0 7 – 1 93 d 05, 203 b 02 – e 05; *Ti.*, 21 b 01 – 2 5 d 06, 40 d 04 – 44 c 04.

[80](#) Tal oposición resultó particularmente acusada ya desde la *Apología de Sócrates*; cf. Platón, *Ap.*, 29 d 08- e 03.

[81](#) Tucídides, II 43.1, 64.3-5.

[82](#) Ast (1908: I 2, 93, 273, 533, 679; III 511).

[83](#) Finley (1938: 64-68); (1939: 83).

[84](#) La perplejidad que provoca su estilo viene siendo subrayada desde el Renacimiento; cf. Kristeller (1982:74).

[85](#) Bonitz (1961: 348).

[86](#) Aristóteles, *Cat.*, 5, 2 a 12 – 13.

[87](#) Aristóteles, *C at.*, 5, 2 a 14 – 16.

[88](#) Aristóteles, *Int.*, 2, 16 a 27 – 28.

[89](#) Bonitz (1961: 150; 217); Chantraine (1980: 215, 316). La noción de *especie* no traduce en castellano el sustantivo *species*, sino *essentia*. A sí, por ejemplo, dentro del *género humano* cabría distinguir *subgéneros* diferentes en razón de distintas cualidades – como el *sexo* (hombres, mujeres), la

*edad* (viejos, adultos, jóvenes y niños), el *color del pelo* (rubios, morenos, pelirrojos, canosos), el *de los ojos* (ojizarcos, ojimorenos) etc.

<sup>90</sup> Aristóteles, *Int.*, 1, 16 a 06 – 08.

<sup>91</sup> Por ejemplo, hacia el s. V a.C., el ser humano fue clasificado en función de dos categorías: *género* (animal) y *especie* (hombre); sin embargo, la taxonomía tuvo que ser ampliada. A finales del siglo XIX, cuando Linneo retomó la clasificación de la *Historia natural*, precisó de cinco subgéneros más. A sí, en relación con los individuos humanos distinguió el *reino* (animal), el *tronco* (cordados), la *clase* (mamíferos), el *orden* (primates), la *familia* (homínidos), el *género* (humano) y la *especie* (*homo sapiens*). De manera que el *figismo* de las especies (Aristóteles, *Metaph.*, IX, 8, 1049 b 24 – 25) dependiente del padre (Aristóteles, *G A*, I, 20, 729 a 09 – 11) implicaba la determinación de en qué consistían las formas de cada una de ellas. E se análisis, en ningún momento se creyó completo.

<sup>92</sup> Aristóteles, *Metaph.*, V I, 4, 1027 b 25 – 27.

<sup>93</sup> Aristóteles, *Metaph.*, IX, 10, 1051 b 06 – 09.

<sup>94</sup> Aristóteles, *Int.*, 7, 17 a 39 – 40.

<sup>95</sup> Bonitz (1961: 221).

<sup>96</sup> Bonitz (1961: 377).

<sup>97</sup> De ahí la existencia de varios diccionarios dentro del *corpus*; véase, Aristóteles, *Int.*, 2 – 8; *C at.* 5 – 15; *Top.*, I, 5; *P h.*, IV 3; *Metaph.*, V, 1 – 30; etc.

<sup>98</sup> Bonitz (1961: 788).

<sup>99</sup> Bonitz (1961: 474).

<sup>100</sup> Chantraine (1980: 472; 779).

<sup>101</sup> Bonitz (1961: 174).

<sup>102</sup> Bonitz (1961: 076); Ast (1908: I, 795). Sobre su etimología, véase ἐπίσταμαι y ἀπλόος en Chantraine (1980: 360, 97).

<sup>103</sup> De hecho, la historia nunca fue comparada con las ciencias, sino con la poesía; cf. Aristóteles, *Po.*, 9, 1451 a 36– 1452 a 11.

<sup>104</sup> Con la única excepción de Tucídides, III 82-83.

<sup>105</sup> Aristóteles, *Po.*, 9, 1451 b 04 – 07.

<sup>106</sup> Dover (1983: 62-63).

<sup>107</sup> Gouguenheim (2010: 136-138).

<sup>108</sup> Gwyn Caskey (1975: 226).

<sup>109</sup> Guthrie (2010: V 416 ss.)

<sup>110</sup> Schofield (2000: 299-300).

<sup>111</sup> Edelstein (1962: 166-169).

<sup>112</sup> Guthrie (2010: IV, 39-41).

<sup>113</sup> García Fernández (2007: 163-164, 183).

<sup>114</sup> García Gual (1972: 35 ss.).

## Bibliografía

### 1. Fuentes y abreviaturas

Aristóteles de Estagira:

Aristóteles de Estagira *APo.*: *Analytica posteriora*, Ross, W.D. (ed.), Oxford 1964.

Aristóteles de Estagira *Cael.*: *de caelo*, edición de Moraux, P. (ed.), París, Les Belles Lettres, 1965.

Aristóteles de Estagira *Cat.*: *Categoriae* y *Int.*: *de interpretatione*, edición de Minio-Paluello, L. (ed.), Oxford, Oxford University Press, 1956 [1974].

Aristóteles de Estagira *EE*: *Ethica Eudemia*, Walzer, R.R. y Mingay, J.M. (eds.), Oxford, Oxford University Press, 1991.

Aristóteles de Estagira *Fr.*: *Fragmenta* (el fr. 640 cit. Pepl.: Peplus), Rose, V. (ed.), Leipzig, Teubner, 1886 [1967].

Aristóteles de Estagira *GA*: *de generatione animalium*, Louis, P. (ed.), París, Les Belles Lettres, 1961.

Aristóteles de Estagira *HA*: *Historia animalium*, Mugler, Ch. (ed.), París, Les Belles Lettres, 1966.

Aristóteles de Estagira *Metaph.*: *Metaphysica*, Jaeger, W. (ed.), Oxford, Oxford University Press, 1957.

Aristóteles de Estagira *Ph.*: *Physica*, Ross, W.D. (ed.), Oxford, Oxford University Press, 1950.

Aristóteles de Estagira *Po.*: *Poetica*, Kassel, R. (ed.), Oxford, Oxford University Press, 1965.

Aristóteles de Estagira *Pr.*: *Problemata*, Aubonnet, J. (ed.), París, Les Belles Lettres, 1960-89, 3 vols.

Aristóteles de Estagira *Rh.*: *Rhetorica*, Ross, W.D. (ed.), Oxford, Oxford University Press, 1959.

Aristóteles de Estagira *Top.*: *Topica*, Ross, W.D. (ed.), Oxford, Oxford University Press, 1958.

Heródoto, *Historia*, Hude, C. (ed.), Oxford, Oxford University Press, [1970-72], 2 vols. Isócrates, *Discursos*, Mathieu, G. y Brémond, E. (eds.), París, Les Belles Lettres, 1928-62.

Luciano, *Hist.Cons.*: *Quomodo historia conscribenda sit.*, *Philops.*: *Philopseudes* y *VH* 1, 2 : *Verae Historiae.*, Macleod, M.D. (ed.), Oxford, Oxford University Press, 1972-87, 4 vols.

Platón (Aristocles de Atenas):

Platón *Ap.*: *Apologia*, *Cra.*: *Cratylus*, *Criti.*: *Critias*, *La.*: *Laches*, *Ly.*: *Lysis*, *Mx.*: *Menexenus*, *Phd.*: *Phaedo*, *Phdr.*: *Phaedrus*, *Prt.*: *Protagoras* y *Smp.*: *Symposium*, Burnet, J. (ed.), Oxford, Clarendon Press, 1900-1907.

Platón *Grg.*: *Gorgias*, Dodds, F.R. (ed.), Oxford, Oxford University Press, 1959.

Platón *Lg.*: *Leges*, Des Places, E. y Diès, A. (eds.), París, Les Belles Lettres, 1951-56.

Platón *Men.*: *Meno*, Bluck, R.S. (ed.), Cambridge 1961.

Platón *Plt.*: *Politicus*, Diès, A. (ed.), París, Les Belles Lettres, 1935.

Platón *Tht.*: *Theaetetus*, Diès, A. (ed.), París, Les Belles Lettres, 1926.

Seneca, *QN*: *Quaestiones naturales*, Gercke, A. (ed.), Leipzig, Teubner, 1907

Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, Romilly, J., Bodin, L. y Weil, R. (eds.), París, Les Belles Lettres, 1953-72, 5 vols.

Jenofonte, *An*: *Anábasis*, Marchant, E.C., Oxford, Clarendon 1901-21, 5 vols.

### 2. Auxiliar

Ast, G. A. F. (1908) *Lexicon Platonicum*, 3 vols., Berlin.

Bonitz, H. (1961) *Index Aristotelicus*, Graz.

- Barrio Vega, M. L. (1991) "La epístola como elemento constitutivo de otra obra literaria en la literatura griega", *Epos: Revista de filología*, Nº 7: 13-26.
- Calonge Ruíz, J. y otros, (2006) *Platón: Diálogos II*, Madrid.
- Chambers, M. H. (1957) "Thucydides and Pericles", *Harvard Studies in Classical Philology*, Vol. 62: 79-92
- Chantraine P. (1980) *Dictionnaire étymologique de la langue grecque*, París.
- Dean-Jones, L., (1995) "Menexenus-Son of Socrates", *The Classical Quarterly*, New Series, Vol. 45, No. 1: 51-57.
- Dover, K. J. (1983) "Thucydides as History and as Literature", *History and Theory*, Vol. 22, No. 1: 54-63.
- Edelstein, L. (1962) "Platonic anonymity", *The American Journal of Philology*, Vol. 83, No. 1: 1-22.
- Edelstein, L. (1966) *Plato's Seventh Letter*, Leiden.
- Finley, J. H. (1938) "Euripides and Thucydides" *Harvard Studies in Classical Philology*, Vol. 49: 23-68.
- Finley, J. H. (1939) "The Origins of Thucydides' Style", *Harvard Studies in Classical Philology*, Vol. 50: 35-84.
- García Fernández, R. (2007) "La carta VII. La autobiografía de Platón y su método", *Eikasía. Revista de Filosofía*, 12, Ext. I: 163-183.
- García Gual, C. (1972) *Los orígenes de la novela*, Barcelona.
- Goldhill, S. (2002) *The Invention of Prose*, Oxford.
- Gouguenheim, S. (2010) *Aristóteles y el Islam*, Madrid.
- Guthrie, W. K. C. (2010) *Historia de la filosofía griega*, 6 vols., Madrid.
- Gwyn Caskey, E. (1975) "Again-Plato's Seventh Letter", *Classical Philology*, Vol. 69, No. 3: 220-227.
- Kahn, Ch. H. (1963) "Plato's Funeral Oration: The Motive of the *Menexenus*", *Classical Philology*, Vol. 58, No. 4: 220-234.
- Kristeller, P. O. (1982) *El pensamiento renacentista y sus fuentes*, México.
- Salkveyer, S. G. (1993) "Socrates' Aspasian Oration: The Play of Philosophy and Politics in Plato's *Menexenus*", *The American Political Science Review*, Vol. 87: 133-143.
- Sarton, G. (1965) *Historia de la ciencia*, 4 vols., Buenos Aires.
- Schofield, M.: "Plato & Practical Politics", en Schofield, M. y Rowe, C. (eds.) (2000) *Greek & Roman Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press: 299-302.
- Shorey, P. (1993) *What Plato said*, Chicago.